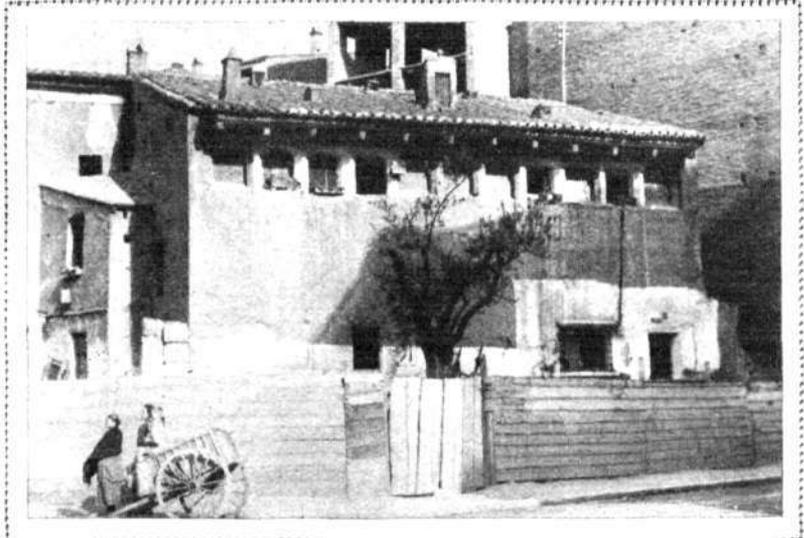




He aquí una barraca, una vieja barraca que ve avanzar las modernas edificaciones, sin fuerzas para luchar, para renovarse; sin embargo, como la guardia napoleónica, muere, pero no se rinde



Calle de Denia. A uno y otro lado casas para la clase media, entre las que llama la atención esta vieja alquería, con su olivo, con su reja, con su «loggia», que se ha quedado en la calle sin enterarse de que se le llevaban el campo

nardino Landete, actual profesor de la Universidad de Madrid...

Y aunque no fuera hijo de Ruzafa, hay que citar a don Cayetano Ripoll, maestro de primeras letras que fué en la huerta de Ruzafa ¡Bella figura para grabada en aguafuerte! Alto, seco, melencólico, de una sobriedad extraordinaria, completamente embebido en doctrinas de libertad, igualdad y fraternidad... Pero eran tiempos en que piruetaba don Fernando VII. Y el maestro Ripoll fué ahorcado—última víctima de la Inquisición, en cierto modo—el 31 de julio de 1826.

Alguien ha llamado a Ruzafa la Triana de Valencia.

Claro está que las comparaciones son, si no odiosas, por lo menos ociosas.

Pero también está claro que Ruzafa tiene cierta personalidad taurómaca.

Plenamente ruzafesños fueron Julio Aparici, «Fabrilo», y su hermano Paco, los bravos mozos que murieron en la plaza de Valencia con escaso intervalo de tiempo.

Recuérdese que la anterior temporada fué muerto por un toro un novillero—residente, por cierto, en Madrid—que se llamaba Manuel Díaz y se apodaba Ruzafa, de donde era nativo.

Y no es menester que citemos a Manolo Martínez, porque casi se le conoce más, en el mundo taurino, por el remoque de «el tigre de Ruzafa».

A mayor abundamiento, en Ruzafa vive Enrique Torres y en Ruzafa tiene una casa Félix Rodríguez—que vive cerca de allí—; y no lejos de Ruzafa—en la calle que antes se llamaba así—habita Vicente Barrera...

Esa condición taurina no es obstáculo para que Ruzafa tenga significación en el deporte.

Así, el primer equipo del Valencia F. C. debe mucha parte de sus victorias—de las derrotas no hablemos—a la savia ruzafesña.

Allí están Molina, Picoín, Cano, Vilanova, Salvador...

No hay manera de hablar de Ruzafa, omitiendo a San Valero.

Seguramente, un considerable tanto por ciento de los ruzafesños ignoran quién fué San Valero. No importa, igual da. En cambio, es evidente que conceden un valor sentimental a la iglesia consagrada a San Valero y también a su diácono, San Vicente Mártir, patrono de la ciudad, pero de quien, sin embargo, se prescinde relegándolo—¡vaya usted a saber por qué!—a un segundo o tercer término...

La iglesia, tal como se encuentra actualmente, fué levantada entre los siglos XVII y XVIII. Presenta las características de aquella época, que tanto abundan en el panorama de los templos valencianos. Pero, de todos modos, hay que

citar su opulenta cúpula—de *tejería luciente*—y su gallarda torre de campanas, una de las más graciosas que se levantan en toda la ciudad.

Cuando termina el mes inicial del año, se celebra la fiesta de San Valero. Es la temporada en que los días hacen esfuerzos por crecer y los crepúsculos, luego de unos días soleados, tienen color de hiel y de púrpura. Entonces, alrededor de la parroquial iglesia, surgen unos tenderetes donde unas mujeres venden garbanzos cochos, orejones, almendras tostadas y saladas, ciruelas, pasas, turronecillos de índole diversa...

Y hay un puesto donde venden algo especial. Se trata de unas pastas llamadas «orelletas»—que es como decir «orejillas»—. Parecen de harina y huevo, entre otras cosas. Y tienen las formas más complicadas, más intrincadas, más enrevesadas, como una desesperación de lazos y entrelazos, de filitres y filigranas.

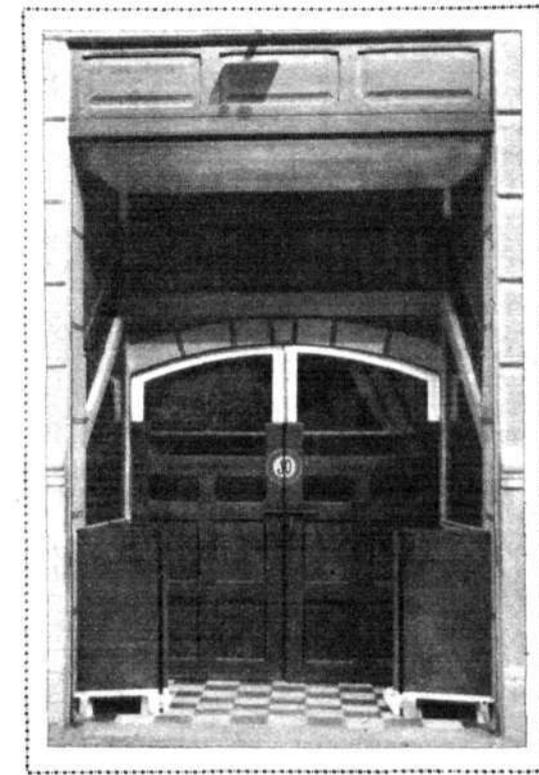
Estas pastas se elaboraban ya en el siglo XV; cualquier día dejarán de elaborarse.

...Y esta es Ruzafa, lector. Por lo menos, el autor de las presentes líneas ha pretendido dar una idea del típico barrio.

ALMELA Y VIVES



Ruzafa tiene dos líneas de tranvías, la del número 6 y la del número 7; pero la más ruzafesña es la segunda. He aquí un «siete» saliendo de la barriada con el beneplácito del urbano (Fots. Vidal)



Esto parece un portón de la plaza de toros, pero es simplemente la puerta de entrada al Club del matador de toros ruzafesño Manolo Martínez, que se halla en la Avenida Victoria Eugenia